

vez que poética. Sin desvirtuar la idea fundamental llega a una clara representación de los sentimientos de su autor.

En definitiva debemos reconocer en Mario Arnello una sensibilidad poética capaz de desarrollar la labor que se vislumbra en este libro. Por el momento debemos conformarnos con un ramillete de poemas bien hilvanados y mejor concebidos aunque débilmente realizados.—OSCAR ESPINOZA MORAGA.



LETRAS HISPANOAMERICANAS

JUAN MARÍN, NOVELISTA Y CUENTISTA CHILENO, por *Edmond Vandercammen*

En el periódico «Le Soir» de Bruselas, del 25 de noviembre de 1948, el poeta E. Vandercammen, hispanista fervoroso, publicó un breve artículo sobre la personalidad y obra de nuestro compatriota Juan Marín, quien nos lo ha enviado y que hemos traducido con particular agrado. Este trabajo es demasiado generoso al vincular el nombre de Juan Marín a los de Conrad O'Neil, Poe y Dostoiewski; pero es de indudable interés como documento para apreciar la resonancia que la literatura nacional está logrando en el extranjero, pues en esta misma crónica se hace mención de una similar sobre Salvador Reyes.

* * *

Juan Marín ha traducido al español «Moravagine», el famoso libro de Blaise Cendrars. ¿No es esto un indicio? Hombre de acción vive sus libros, no solamente exaltado por el lirismo de la aventura sino que lanzado por la necesidad inagotable de descubrir los misterios del Universo. Médico, marino, aviador, diplomático: cada experiencia humana con la cual se relaciona

quiere prolongarla sobre el plano de la emoción creadora. Es el hombre de todas las latitudes. Ayer, cruzando el Asia para llevar sus cartas credenciales al Mariscal Chiang-Kai-Shek, aprovechaba para consultar los viejos libros que la sabiduría ha dictado a la raza amarilla; estudiaba la filosofía de Meug-Tsen y los cuentos folklóricos chinos. Hoy, Ministro de Chile en El Cairo, no cesa de recorrer la milenaria tierra del Egipto.

Pero este hombre curioso es, al principio, el novelista del mar. ¿No se le ha comparado a Conrad, a O'Neil? Al igual que su compatriota Salvador Reyes, de quién hablábamos recientemente en este mismo lugar, Juan Marín ha explorado las soledades oceánicas, sobre todo las de las regiones australes de Chile. Lo ha hecho como marino y como aviador para poblar de aventuras experimentadas sus libros «Alas sobre el mar», «Naufragio», o «Cuentos del viento y agua», del que no se olvida más ni la decoración fantástica ni los personajes mezclados a historias que no terminan de poner en tensión los nervios. Con respecto a esta última obra, el prologuista Juan Felipe Toruño escribe. «Hay sobre todo el mar. Y con el mar, asaltos y antros tenebrosos fuera de todo pensamiento específico. Pero sobre el mar y «ecumenicamente» el hombre está presente con sus atributos, demoníacos o angélicos, odiosos, bestiales o emotivos». Presencia del hombre, unión total de esta presencia al paisaje. Es además, uno de los elementos más expresivos de las grandes obras novelescas que nos llegan hoy de la América latina.

Es, tal vez, en el «Infierno azul y blanco, paralelo 53 Sur», donde el novelista concentra con más emoción su visión trágica de los hombres y de las cosas. En médico apasionado, ausculta los unos y las otras y traduce sus observaciones con un hambre de realismo poético que no tiene igual más que en la atmósfera de pesadilla en la cual se extienden esas tierras descubiertas por Magallanes; olores de sangre, de alcohol, de sal marina, de petróleo, de aceite de ballena, todo eso que se une a las miserias humanas y las alimenta como para permitir a esas regiones mal-

ditas merecer siempre sus nombres de «Golfo de Penas», «Tierra de desolación», o «Península del hambre».

Se ha dicho, igualmente, de Juan Marín que él es el novelista de la aviación. Sus obras intituladas «Margarita, el aviador y el médico» y «Un avión volaba» lo hacen aparecer como a un hombre ligado a su siglo por los lazos de la ciencia y del maquinismo, pero ahí siempre es el documento humano lo que constituye lo esencial de su propósito. «Sobre las grandes telas murales del cielo o del mar, escribe el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, o, sencillamente, sobre las de la ciudad moderna, donde se sitúa la acción de sus relatos, un tema vuelve persistentemente: el del médico dominado por el psicoanálisis, el médico que no llega, como el de Cocteau, del fondo de un espejo, sino de la masa confusa de los hombres, de las experiencias vitales más abrumadoras». Le volvemos a encontrar en «El secreto del doctor Baloux» y en esta extraña novela intitulada «Orestes y yo» donde, bajo las formas originales del desgraciado médico alienista Fraga, será vencido por una especie de sentimiento pánico de la existencia. Desde sus primeros poemas «Looping», aparecidos en 1929, hasta sus últimos relatos, pasando por trabajos científicos como «El problema sexual y sus nuevas fórmulas sociales», Juan Marín nos ha acostumbrado a un pensamiento agudo, nuevo, dominado por el cuidado de sondear los misterios del alma más allá de todas las apariencias, al mismo tiempo que los del universo físico, donde él intenta remontarse hasta la infancia de nuestro planeta. Alucinante como Edgar Poe en el sueño o Dostoiewski en la realidad, vuelve sin cesar a la ciencia para expresar el humanismo integral que persigue.—E. V.